

Introducción a Montaigne de Juan Rivano

Bravo y Allende Editores, Santiago, Chile, 2000.

Rogelio Rodríguez M.

El pensador nacional Juan Rivano nos entrega, en este último libro suyo recientemente editado, una lectura comentada de los *Ensayos*, de Michel de Montaigne. Resulta, a no dudarlo, una atrayente e instructiva experiencia leer a un filósofo comentando a otro filósofo, sobre todo si pertenecen a diferentes tiempos, geografías y culturas. Y más aún –en este caso– si quien comenta lo hace pensando en nuestro medio.

Rivano introduce, a su manera y en su estilo, a este famoso ensayista francés del siglo XVI. Extrae pasajes de sus *Ensayos*, trabajando las ideas que allí aparecen, extendiéndolas a otras experiencias, buscándole aplicación en los “asuntos humanos” que hoy día enfrentamos.

Este ejercicio intelectual, además del valor que tiene por sí mismo, viene a llenar un vacío en nuestra formación. Los *Ensayos* de Montaigne son una fuente importante de la que se desprenden muchos saberes posteriores. Muchas filosofías ampliamente consideradas en nuestra cultura tienen deudas grandes con Montaigne: las de Descartes, Pascal, Kant, por nombrar algunas. Así, también, traducidos los *Ensayos* al inglés en el siglo XVII, fueron leídos puntualmente y admirados por escritores de la talla de un Francis Bacon y un William Shakespeare. Filósofos de la Ilustración –como Voltaire y Montesquieu– también bebieron en la fuente de su genio. Nietzsche, más tarde, llegó incluso a decir de Montaigne que “saber que un hombre así ha existido aumenta la alegría de vivir en este mundo”. Otros que han aplaudi-

do la obra de este pensador han sido Anatole France, André Gide, Jorge Luis Borges. ¿Cómo, entonces, no promover la lectura, el estudio, el conocimiento de una figura tan destacada?

Los textos extraídos y comentados por Rivano permiten acertadamente formarse una idea cabal de Montaigne, permiten conocerlo. El mismo escritor francés señaló que su obra era su autorretrato, su *peinture du moi*. A través de estos textos vemos al Montaigne pensador, filósofo, sabio, pero también al vividor, hedonista, gozador de los placeres terrenales. Aquí está el Montaigne preocupado tanto de “asuntos elevados” –la vanidad humana, la ley, las costumbres, la ciencia, la educación, la razón, la muerte–, como de “cosas mundanas” –las mujeres, los animales, el vino y las comidas que le gustan, las enfermedades que padece, la hediondez del cuerpo, la manera y los horarios de sus visitas a la letrina–. Tal como en un autorretrato, en que las facetas sublimes se engarzan con las ordinarias. También quedan a la vista los vaivenes en el modo como Montaigne trata las experiencias: desde el epicureísmo a veces; desde el estoicismo, otras; escéptico y fideísta ante muchas más. Vaivenes éstos sumamente naturales en quien se dio a la tarea de anotar día a día sus “humores” durante un período de veinte años, el último tercio de su vida. Pero, por sobre esta movilidad y estas variaciones, se mantiene –como en todo autorretrato– la identidad del ensayista: página tras página el mismo Montaigne.

Pero Montaigne no se muestra sólo a sí mismo en sus *Ensayos*. Si así fuera, no tendría el impacto que tiene para la posteridad. En su obra la subjetividad, la obediencia al imperativo socrático “Conócete a ti mismo” desborda en una verdadera antropología, un examen profundo de la condición humana.

Nuestro filósofo comenta noventa pasajes de diferentes *Ensayos* del pensador francés. En éstos, Montaigne aborda una variedad de materias que Rivano aprovecha para acercarnos a esta famosa figura del siglo XVI, para hacerla sentir a nuestro lado, para que percibamos que la filosofía puede ser continua a través de los siglos, sobre todo si se expone con llaneza, con palabras al alcance de todos y tiene al hombre –sus vivencias, sus placeres y dolores, sus alegrías y miedos, sus verdades y mentiras, sus hábitos y normas, su vida y su muerte– de protagonista.

¿Qué temas destaca Rivano para mostrarnos a Montaigne y relacionar su “retrato del ser humano” con nuestro mundo y nuestras vivencias? Entre los pensadores de nuestro país, Juan Rivano siempre ha manifestado vocación por una filosofía comprometida críticamente con las experiencias individuales y sociales de la gente. Además de la lógica y la epistemología, cultiva decididamente la “filosofía social”, y los textos de Montaigne que selecciona y comenta se enmarcan nítidamente en esta línea de reflexión. Pongo ejemplos:

ENSAYOS, I, 21. ... *El mercader enriquece con la vanidad de los jóvenes; el agricultor, con la carestía del trigo; el arquitecto, con la ruina de los edificios; los abogados y juristas, con los juicios y disputas de los hombres; incluso, el honor y el oficio de los predicadores deriva de nuestros vicios y nuestra muerte.*

Otra vez de tratos con doña Cantidad. Lo que se pone en un lugar se saca de otro. Lo que ocurre ahora con nosotros tiene también que ver con angustias, pero no tales que no podamos tolerarlas. ¿Que lo que ha venido a mis manos ha salido de otras? ¡Evidente! Estas cosas no es necesario verificarlas. Además, también algo ha salido de mis manos. Alguien deseaba algo que yo tenía y lo tomó para sí dándome el precio. ¿Que era alcohol lo que le di, que era trigo escaso, que era un ataúd, una extremaunción? Cuando las naciones se hacen guerra, los fabricantes de armas están de plácemes. Que no queden dudas, se enriquecen con la muerte de miles de hombres, la ruina de sus haciendas y ciudades. Si los hombres son tan idiotas como para correr a matarse entre sí, ¿qué hay de absurdo en suplirlos de armas por buena plata?

¿Van a decirme que si el trigo escasea no debo subirle el precio? Mi madre naturaleza se reiría. “Ah, hombre, hombre, ¿cuándo te plegas por fin a los principios de la cantidad?, ¿vas a permitir que te broten hongos en la conciencia?”

Durante la Guerra del Golfo se destruyó casi enteramente la infraestructura militar de Irak. Era una potencia que amenazaba la estabilidad del Medio Oriente. Al día siguiente, las mismas potencias militares que la destruyeron hacían cola para ganar los contratos para reconstruirla y restablecer la amenaza (págs. 20-1).

ENSAYOS, I, 25. *Anaxímenes en una carta a Pitágoras: “¿Con qué propósito”, le dice, “preocuparme del secreto de las estrellas teniendo a mis puertas la muerte y la esclavitud?”. Porque el rey de Persia en esos días preparaba la invasión de su país. Así, todos debieran decir: “Asaltado como soy por la avaricia, la ambición, la temeridad, la superstición, y teniendo dentro tantos otros enemigos de la vida, ¿voy a devanarme los sesos sobre las evoluciones del cielo?”.*

Hay unos versos de Horacio que Montaigne cita también aquí, que se pueden comentar así: El idiota, para evitar todo riesgo, esperó que el río pasara, antes de cruzarlo. Se puede decir también que si se empieza por las estrellas no se termina nunca de llegar. O que tratando de poner un fundamento firme no queda más que subir a las es-

trellas. Subir, subir... con la esperanza de alguna vez bajar y poner todo en claro, hasta la avaricia, la ambición, la temeridad y la superstición que nos rodean sin tregua.

Algunos toman tanta distancia para dar un salto que antes de recorrerla caen exhaustos; otros retroceden más, hasta caer en el abismo que hay detrás.

Hay muchos en el país que merecen el tirón de orejas de Anaxímenes: ocupados en averiguar que sea en sí y por sí la leche mientras los persas los ordeñan que es un gusto (pág. 26).

ENSAYOS, III, 8. No hay cosa que me fastidie más en la estupidez que verla satisfecha de sí más de lo que la razón misma puede pretender. Es una pena que la prudencia nos prohíba satisfacernos y confiarnos y que más bien nos deje siempre temerosos y descontentos, mientras que por el contrario la contumacia y la osadía llenan de gozo y seguridad a sus poseedores. Son los más ignorantes quienes miran a los demás por el hombro y salen siempre alegres y triunfantes del combate. Además, su arrogancia en el discurso, su ufano talante, les ganan casi siempre la opinión de la audiencia, comúnmente débil e incapaz de juzgar bien y discernir la verdadera superioridad. Obstinación en el juicio y calor en la argumentación son las pruebas más seguras de la estupidez. ¿Hay ser más seguro, resuelto, desdenoso, contemplativo, serio y grave que un asno?

¡Cuántas veces sentimos a Montaigne tan cerca! Nadie como él en vecindad, gracia y vivacidad. Vienen ganas de palmotearlo y tomarse un trago con él. Cuando nos cuenta de esas damas que fingen interés en un varón para ocultar el verdadero en otro, agrega: Yo las he visto. Y nos encontramos sin más en un salón, en un banquete, en un *boudoir*, atisbando a Montaigne que atisba a la bella que atisba... ¿al mismo Montaigne? ¿Por qué no? El hombre es un vividor, un mujeriego confeso. ¿En qué lances de faldas no se habrá encontrado?

Pero por autorretratista que sea, en todo el detalle no puede entrar. Nos dice que sufre viendo sufrir, que gusta del vino, de las mujeres, del juego. A veces, lo encontramos ante un patíbulo, tragando saliva. Otras, jugando a las palabras a la sobremesa. Como un frívolo cualquiera, se diría. Pero no, del juego de las palabras va a resultar algo. Por eso nos cuenta.

Pero aquí es al revés. "No hay cosa que me fastidie más que la estupidez", nos dice. Podemos imaginar los cientos de situaciones en que Montaigne se encontró con la estupidez en sus mil encarnaciones. Un asno después del otro, una cola interminable de asnos. ¿Qué hace Montaigne? ¿Se tira los pelos, se muerde la lengua, suelta un garabato?

Uno recuerda las historias de Diógenes. Son tan vivas. Uno vino a decirle al viejo can que antes de recibir su dinero lo convenciera con argumentos de que debía dárselo. Diógenes responde: "Si yo pudiera convencerte de algo, te convencería de que te ahorcaras". A otro que no lo dejaba escupir en su casa alfombrada, lo escupió en la cara, diciendo: "No encontré un lugar más sucio".

Tan lejos no llega Montaigne. Se enoja en general. Trata a una mitad de imbéciles y la otra mitad de estúpidos. Pero, como repara él mismo, decir algo de todos es como decirlo de nadie.

Estoy viendo a Montaigne dando con el pie en el suelo y gritando por alguien: "¡Ese asno!". El dicho asno se aleja, lento, seguro, contemplativo, serio y grave. ¡Si tuviéramos su retrato! ¿Sería un obispo, sería un ministro? (págs. 128-9).

ENSAYOS, III, 9. Nada presiona más sobre un Estado que la innovación. El cambio no hace más que ocasionar injusticia y tiranía. Cuando una pieza afloja puede ser apropiado fijarla; hay que cuidarse de que las alteraciones y corrupciones naturales a todo no nos alejen demasiado de nuestros comienzos y principios; pero, pretender establecer algo nuevo y grande, y cambiar los fundamentos de tan vasto edificio es como borrar en lugar de limpiar. Reformar defectos particulares mediante confusiones universales es como curar la enfermedad con la muerte.

Este trozo importante de ciencia política lo destaqué en mi lectura de Montaigne con la frase "el Estado y la revolución". Hasta no hace mucho, si estas ideas se aventuraban en público eran recibidas con la pifia y el grito: "¡Reformista, reaccionario!" En algunos lugares todavía se grita: "¡Revolución o muerte". Stalin, Hitler, Franco, Mao, Pol Pot quisieron cambiar el Estado como dice Montaigne que no se debe. Y ahí están el costo y los resultados (pág. 132).

El Montaigne humanista, crítico de mitos y supersticiones, también interesa a Rivano. Comenta, por ejemplo, el pasaje que termina "... Ciertamente, el hombre es un loco entero: no es capaz de crear una pulga, pero fabrica dioses por docenas...", señalando también al finalizar el comentario que de textos como éstos salen los Voltaire a granel (págs. 83-5).

Asimismo está en sus comentarios el Montaigne –mezcla de piadoso y pesimista– que pone en claro la vanidad, la frivolidad y la estulticia del ser humano ("No creo que seamos tan infelices como vanos, o que seamos tan maliciosos como estúpidos. No estamos tan premunidos de maldad como de vacuidad. No somos tan miserables como somos viles y ruines"). Rivano

asocia estas páginas con las de *Eclesiastés*, páginas estas últimas que también ha estudiado con detención y a las que también ha dedicado un *libro* (*Doctrinas de Eclesiastés*). La vanidad del hombre resulta –como se pone aquí de manifiesto– amplio e interesante asunto para la filosofía.

Finalmente –aunque con lo expresado en esta nota no he agotado, ni con mucho, el material comentado–, también interesa a nuestro pensador el tema de la muerte como es tratado por Montaigne. Y en él éste es un gran tema, abordado desde variadas perspectivas y en innumerables páginas. Pongo un último ejemplo:

ENSAYOS, III, 12. Si no sabes cómo morir, no te preocupes; en su tiempo, la naturaleza te instruirá apropiadamente; ella hará el trabajo por ti perfectamente.

Enturbiamos la vida por cuidado de la muerte; y la muerte, por cuidado de la vida. La una nos atormenta, la otra nos aterra. No es contra la muerte que nos preparamos, que es cosa momentánea; un cuarto de hora en padecer, sin molestias y sin consecuencia, no merece preceptos especiales. Para decir la verdad, nos preparamos contra la preparación de la muerte. La filosofía ordena que tengamos siempre la muerte ante nuestros ojos, que la consideremos y contemplemos antes de tiempo; y nos da entonces reglas y precauciones para que tal pensamiento y anticipación no nos dañen; tal como obran los médicos induciéndonos en la enfermedad con el propósito de tener en qué emplear sus drogas y su arte. Si no hemos aprendido a vivir, no es justo enseñarnos a morir y disconformar el fin con el resto. Si hemos sabido vivir serenos y seguros, sabremos también morir así.

Hay dos maestros que enseñan a morir: la naturaleza y la filosofía. Son los mismos dos maestros que enseñan a vivir. De los dos, yo prefiero el primero. Por su grandeza insuperable, de una parte, y por mi pereza y debilidad de espíritu, de la otra. De niño me angustió la muerte; y de niño, también, escuché esta idea de Montaigne que así como van terminando los años de nuestra vida va naciendo en nosotros la fortaleza y la serenidad para enfrentar la muerte. Esta idea me acompañó para siempre desde muchacho y no sé cuanto debo de mi tranquilidad y mi paciencia a su consuelo. Pero, también, quise aprender de la filosofía. Largo y siempre neblinoso camino. Pero encontré al final que tan cierto es que la filosofía nos enseña a morir como lo hace la naturaleza. Pero la filosofía procura un saber atrevido. Uno se encuentra a veces clamando: “Ven ya, muerte, ven ya”. La naturaleza nos mata más en despejado y sin retórica (pág. 138).

Cuando un libro que trata de un autor famoso, además de ser una ense-

ñanza grande por sí mismo, estimula a la lectura de sus escritos, merece ser considerado una acertada “introducción”. Tal es el caso de esta *Introducción a Montaigne* que me ha ocupado en estas páginas.